

Subjetividad, TIC y la mirada del otro: entrevista a Paula Sibia

Eduardo Pelosio

epelosio@gmail.com

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba

Tatiana Rodríguez Castagno

tatianarc@eco.uncor.edu

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba

Subjetividad, TIC y la mirada del otro: entrevista a Paula Sibilia

Resumen

La siguiente es una entrevista realizada a la comunicadora y antropóloga Paula Sibilia, con quien conversamos sobre su mirada sobre la subjetividad contemporánea, los jóvenes, las TIC y la escuela.

Palabras clave: escuela; TIC; subjetividades; Sibilia; educación

Desde hace varios años Paula Sibilia reside en Río de Janeiro (Brasil), donde está abocada a la investigación y a la docencia en el Departamento de Estudios Culturales y Medios y en el Posgrado en Comunicación de la Universidad Federal Fluminense. En su última visita a Córdoba, donde expuso en las IV Jornadas de Educación a Distancia en la Universidad Nacional de Córdoba, dialogamos acerca de su mirada sobre la subjetividad contemporánea, los jóvenes, las TIC y la escuela.

Siempre atenta a las transformaciones sociales y culturales, afirma que "los cuerpos se vuelven compatibles con las tecnologías de su época". Los jóvenes de hoy -TIC mediante- "requieren estar visibles y conectados". Una de las preguntas que más la inquietan y sobre las que busca respuestas en este contexto es, precisamente, qué está pasando con y en las escuelas.

"La escuela, concebida como un dispositivo o una tecnología de la época moderna, occidental e industrial, fue compatible con los cuerpos de esa cultura", sostiene la Investigadora. Es por ello que, según Sibilia, los usos del tiempo y del espacio que aún siguen proponiendo los establecimientos escolares quizás ya no sean más "compatibles" con los cuerpos y las subjetividades de los jóvenes actuales.

¿Hay espacio para las apropiaciones críticas y las producciones creativas de los jóvenes en la escuela?

Yo creo que debería haber. Pero el planteo de mi libro (*¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*, publicado en 2012 por la Editorial Tinta Fresca) no enfoca tanto ese tipo de respuestas como algunas preguntas. Una de ellas me parece fundamental: ¿cómo se resuelve la tensión actual entre las redes y las paredes? Lo más interesante y urgente en este momento es cuestionarse sobre esa tensión, abriendo incluso el diálogo con los chicos. Supongo que las apropiaciones podrían ir en ese sentido, por ejemplo. Creo que es posible apropiarse de las tecnologías de modos críticos y creativos, pero no hay recetas para lograrlo. Las tentativas oficiales muchas veces no funcionan, entre otros motivos porque pretenden ser las mismas para todos y anhelan cristalizarse en rutinas, como supone la lógica escolar. Tengo la impresión de que ese tipo de propuestas no coagulan en la dinámica contemporánea. Incluso en los pocos casos en

que al principio parecen "funcionar", también terminan agotándose rápidamente. A veces sirven como un ejercicio de renovación, pero al repetirse pierden fuerza y eficacia, o bien pueden tener éxito con un grupo y no con otro. El modelo escolar supone un curriculum con recetas listas para ser aplicadas en el aula, como moldes que se deberían poder implementar de un modo universal, y además insiste en replicar ciertos usos bastante rígidos del tiempo y del espacio. Todo eso es desafiado por las subjetividades contemporáneas, a quienes les resulta "aburrido". Ese desfase –entre la lógica escolar y las subjetividades promovidas por la actualidad– es bastante perturbador, pues todo tiende a quedar anticuado con una rapidez inusitada.

¿El efecto inicial dura poco y después...?

El entusiasmo suele durar poco. Algo que, por otro lado, está inscripto en la misma lógica del consumismo, hoy imperante, que supone una insatisfacción constante y una perpetua demanda de estímulos o "diversión", y la consecuente dispersión. En suma, todo lo contrario de aquello que la escuela pretendía suscitar: concentración y esfuerzo a largo plazo. Se pueden intentar apropiaciones creativas de las tecnologías en las aulas, por supuesto, algo que de hecho ya es bastante habitual. Por ejemplo, se pueden hacer ejercicios con WhatsApp o experimentos con Facebook. Mi impresión es que ese tipo de estrategias pueden funcionar en un primer momento pero enseguida pierden la fuerza de la novedad y el efecto entusiasmante; y, junto con ellos, su potencialidad para activar aprendizajes valiosos. Entre los muchos desafíos que nos plantea esta nueva situación, uno de ellos es su veloz obsolescencia: todas las novedades y propuestas tienden a quedar anticuadas (o volverse aburridas) con demasiada rapidez. Ahora es WhatsApp o Snapchat, antes era Facebook o MySpace, los chicos están siempre sintonizados con lo más nuevo; los profesores y los padres también, aunque en un ritmo quizás más lento. Pero no sólo las tecnologías pasan de moda, sino que hasta las funciones o los usos para los cuales cada dispositivo fue inventado también pierden vigencia. Por ejemplo, el perfil que en Facebook se muestra a todos por igual y permanece en el tiempo, parece que a los más jóvenes ya no les interesa tanto como otro tipo de canales más inestables, en los cuales los contenidos se borran o que están a salvo de la curiosidad de los adultos porque ellos todavía no las conocen. Cuando uno piensa que aprendió lo más nuevo y por fin se ha puesto al día, ya quedó atrás: perdió vigencia. Un poco porque el aparato o la tecnología pierde actualidad, pero sobre todo porque el tipo de relación social que ese dispositivo supone –y estimula o contribuye a suscitar– también pierde valor, fuerza, entusiasmo y eficacia. En ese sentido hay otro desafío, uno más: no se trata solamente de actualizar a la escuela incorporando los artefactos que todos los chicos de todos colegios deberían usar (y que, de hecho, en su mayoría ya usan o usarán, más allá de lo que hagan las escuelas). Ese tipo de "solución" se inscribe dentro de la lógica escolar más clásica, aunque parezca "modernizadora", de modo que su efecto al intentar renovar el aprendizaje suele ser decepcionante.

¿Habría que pensar, entonces, en una "pedagogía de la transformación"?

Nos vemos desafiados a inventar algo así, de hecho ya los estamos intentando de alguna manera, aunque más no sea porque es inviable no hacerlo: la situación de aprendizaje no se produce, en las aulas actuales, si pretendemos simplemente reproducir el esquema clásico de enseñanza. Pero así como aprendimos a usar Facebook, WhatsApp y muchas otras novedades tecnológicas (en la mayoría de los casos, sin que nadie nos lo

enseñe), también aprendimos que si alguna estrategia que inventamos con ellos en el aula funcionó el año pasado, ahora quizás ya no funcione más. Es extenuante, nada comparable a lo que ocurría algunas décadas atrás, aunque también es una provocación que no deja de rendir sus frutos. Porque nosotros mismos estamos cambiando junto con las tecnologías, en un movimiento vertiginoso que en buena medida es impulsado por el mercado y los medios de comunicación. No sólo el ritmo de los cambios, sino la complejidad de lo que está ocurriendo es muy propio de nuestra época. Sin embargo, hay algo que me parece primordial: si pensamos que basta incorporar las nuevas tecnologías a la escuela para solucionar esta crisis, probablemente no estemos encarando el problema de base. A mi modo de ver, el nudo es mucho más complicado y tiene que ver con una incompatibilidad cada vez más evidente entre la lógica escolar de las paredes y la dinámica contemporánea de las redes. Esa tensión es algo que las tecnologías pusieron en evidencia, con su ágil capacidad de atravesar la vieja rigidez de los muros escolares, desactivando e inviabilizando la situación clásica de la educación formal. Pero las tecnologías no son la "causa" de esta crisis, que involucra factores de todo tipo y comprende cambios importantes en los modos de relacionarse consigo mismo, con los demás y con el mundo. Por lo tanto, tampoco serán su "solución". Lo más provechoso de esta desazón que sentimos es que se trata de una oportunidad para pensar en qué consiste educar o aprender, y qué tipo de escuela –o qué dispositivo capaz de sustituirla– sería interesante implementar para alcanzar ese objetivo de la forma más satisfactoria posible o incluso imaginable.

¿Cómo se construye el cuerpo de los jóvenes atravesados por los medios y las TIC?

Hace dos décadas yo vengo elaborando una hipótesis: parece estar ocurriendo un desplazamiento del eje en torno al cual se construye la subjetividad. Me refiero particularmente a los "modos de ser" de los más chicos o los jóvenes, aunque también se incluyen en esa dinámica la mayoría de los adultos de todas las edades. Ese eje estaría abandonando aquella esencia oculta, misteriosa y enigmática que, según los relatos modernos, constituía el centro de la subjetividad. Esa noción de que "lo esencial es invisible a los ojos" o "lo que importa es la belleza interior", las apariencias son "vanas" y "engañan", etc. El psiquismo sería una de sus versiones más modernas y laicas, pero otras cristalizaciones aluden a las ideas de alma, espíritu, conciencia, mente. Todas entidades invisibles y etéreas, aunque más valiosas, verdaderas y auténticas que las apariencias. Esa "interioridad psicológica" constituyó el núcleo de la identidad de los sujetos modernos, pero se trata de una creencia que está desvaneciéndose en la cultura contemporánea. Por eso ahora nuestra subjetividad se construye en torno a otro eje: no más oculto "dentro" de cada uno, sino visible. Somos lo que se ve: eso que los demás ven. La imagen corporal, por supuesto, pero también todos los actos y demás manifestaciones que se exponen y los otros pueden juzgar. No es casual que las redes sociales –esas vitrinas para exponer "quiénes somos" y para monitorear a los demás– sean uno de los inventos más exitosos del siglo XXI.

En los jóvenes y adolescentes, ese desplazamiento del eje en torno al cual se construye el *yo* está más consumado o más naturalizado. La subjetividad se edifica en torno a todo lo que los demás pueden ver: el aspecto físico, el perfil, las fotos y videos, lo que cuento sobre mi vida, las *selfies*. Todo lo que hacemos o relatamos y los demás pueden ver, pues la verdad sobre cada uno ya no emana más de la propia interioridad, sino que es esa mirada ajena la que define quiénes somos y cuánto valemos. Si los otros

nos juzgan por lo que ven, ya no se apuesta a la existencia de una eventual verdad interior y oculta, en la cual cada vez se cree menos. De allí la importancia de la imagen personal y el inmenso peso que fue ganando la aprobación ajena.

Todo esto conlleva una serie de liberaciones (de las viejas ataduras, tabúes y moralismos), pero también crea nuevos conflictos. Pensemos, por ejemplo, en las filtraciones de imágenes con tenor erótico que perturban a las escuelas y las familias. Fotos o videos que se producen en la intimidad de los estudiantes pero al caer en la red se hacen públicas y provocan toda una serie de dramas de nuevo cuño que denominamos *bullying* o *ciberbullying*. En algunos casos esa divulgación es ambiguamente buscada por sus protagonistas, ya que la exigencia de visibilidad hoy resulta implacable. Al fin y al cabo, no es casual que todos tengamos cámaras y pantallas con acceso a internet todo el tiempo adosados a nuestros cuerpos. Están en jaque algunos valores básicos de la "moral burguesa" relacionados con la sexualidad, la desnudez y la privacidad, y nadie sabe muy bien qué hacer en ese sentido.

Con estos constantes cambios, ¿cómo te imaginás la escuela dentro de cinco años?

Es difícil hacer futurismo, estamos en un terreno sumamente movedizo. Creo que en las escuelas se están inventando muchas cosas porque las recetas clásicas no funcionan más; o sea, aquello que se supone que debía suceder en la escuela está dejando de suceder. Los viejos reglamentos perdieron vigencia y eficacia, de modo que se intenta experimentar con nuevas estrategias. Algo hay que inventar, todos los días, por eso quizás nunca haya habido tanta diversidad en las aulas como ahora. Más allá del caos y la incertidumbre, no deja de ser un momento muy rico. No sólo porque se intenta implementar nuevas propuestas a través de políticas públicas o por imposición oficial de cada escuela, sino que también los mismos maestros con los chicos ensayan alternativas para que se produzca algún aprendizaje. Esa experimentación está ocurriendo en todos lados y se ha ido acentuando, de modo que la escuela ya se está transformando inevitablemente. Hacia dónde estamos yendo, es difícil saberlo, probablemente los caminos sean múltiples. Pero si de hacer vaticinios se trata, yo creo que dentro de cinco años se habrá intensificado más todavía esta crisis y, por eso, los experimentos se legitimarán cada vez más, venciendo a las resistencias más conservadoras. Ya está mucho más permitido ese ensayo de alternativas, que ha llevado incluso a experimentar la no-escuela, la educación en casa y otras audacias más extremas. Nadie sabe qué va a pasar, pero la tendencia es que esto se expanda: la crisis se ha vuelto cada vez más insoslayable, de modo que deberíamos admitirla e intentar responder con mucha apertura, osadía y estrategias originales. Pero no es fácil dialogar, pensar ni aprender en estas condiciones, hay que inventar nuevos modos de procesar o decantar la experiencia en conjunto, ahuyentando a nuevos fantasmas como la dispersión y el aburrimiento, por ejemplo, y que no sean fácilmente asimilables por las seductoras trampas del mercado con sus fetiches tecnológicos y su dinámica empresarial.

¿Cómo ves los cambios en los procesos de lectura escritura?

Hace pocas décadas, antes de la proliferación de las computadoras y otros dispositivos digitales, se estaba perdiendo el hábito cotidiano de escribir y a la lectura se la veía como amenazada. Pienso, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XX, con el avance de las tecnologías audiovisuales, la radio y sobre todo la televisión como los

grandes enemigos de la lectura. Ahora se usan tecnologías que nos impulsan a leer y escribir, como las redes sociales o los mensajeros instantáneos que demandan escritura y lectura para la comunicación, no sólo el intercambio de imágenes y sonido. Esto fue algo imprevisto, pero lo cierto es que se generó cierto renacer de la lecto-escritura en las pantallas y a través de las redes. Claro que es muy distinto a lo que sucedía en el siglo XIX y la primera mitad del XX, con el auge del libro impreso, las cartas, el diario íntimo y el cuaderno escolar. Ahora no sólo prima la brevedad y lo instantáneo, sino que también el estilo es muy distinto: palabras abreviadas, sin acentos ni signos de puntuación, intercaladas con íconos, etc. Además son actividades que han dejado de exigir soledad, silencio, introspección y concentración para consumarse. Estas cuestiones las trabajé en mi libro *La Intimidad como espectáculo* (publicado en 2008 por el Fondo de Cultura Económica), cuya tesis surgió al comparar los diarios íntimos más tradicionales con los flamantes blogs o las redes sociales que empezaban a surgir. En todos ellos hay escritura y lectura al servicio de la construcción de uno mismo. Sin embargo, lo que más me interesa es tratar de identificar la diferencia entre los dispositivos analógicos que se usaban en los siglos XIX y XX, por un lado, y estos que usamos nosotros ahora, porque me parece que la clave para comprender quiénes somos (y por qué nos convertimos en esto que somos) pasa por entender mejor qué estamos dejando de ser.